

Los resultados del 14-A muestran el continuo debilitamiento del oficialismo

La nueva situación política

Luis Salamanca*



AFP/LEO RAMÍREZ Y RONALDO SCHEMIDT

Los hechos ocurridos después de las últimas elecciones presidenciales nos permiten afirmar que la paz no se consigue en forma unilateral, ni impuesta, ella es el resultado del entendimiento entre quienes difieren sobre los asuntos más importantes de un país

En el artículo anterior (ver SIC 754) decíamos que el oficialismo entraba, objetivamente, en una fase de debilitamiento político de corto, mediano y largo plazo, por el fallecimiento de Hugo Chávez. Su muerte marcaba el inicio del fin del ciclo inaugurado en 1998 pues su desaparición dejaba sin eje al fenómeno político creado a su imagen y semejanza.

El chavismo sería en adelante algo más simbólico que real, pues dejaban de existir los elementos puestos en escena por el exmandatario: el carisma, el poder cesarista que llegó a tener y, sobre todo, la marca de fábrica del creador del experimento que le permitía llevarlo al ritmo de su forma de pensar y de actuar: el hiper-personalismo.

El poder quedó en manos de los colaboradores, a quienes corresponde gobernar según sus aptitudes. Sin embargo, el personalismo impidió que se desarrollara un liderazgo sustitutivo (porque Chávez era insustituible y nadie podía estar por encima, ni equiparado al jefe, ni siquiera ser un segundo detrás, porque Chávez no era el número uno, era el único) y un partido, porque la institución se subordinaba al líder quien la usaba para las tareas de movilización.

LA VELOCIDAD DEL DEBILITAMIENTO DEL OFICIALISMO

Los resultados del 14-A mostraron, sorprendentemente, que la velocidad del debilitamiento era mayor que la esperada por la opinión pública. En apenas siete meses el oficialismo perdió la diferencia de 11% de ventaja histórica que el desaparecido líder había logrado imponer, como mínimo, en cada comicio. En efecto, Maduro logró, según el boletín del CNE del 3 de mayo de 2013, 7 millones 587 mil 161 (50,61%) y Capriles 7 millones 362 mil 419 (49,12), es decir, una diferencia de 224 mil 742 sufragios (1,49%). Chávez había dejado la ventaja en 10,76%, lo que significa que Maduro perdió 9,27 de la ganancia dejada por el líder. Estas cifras no son firmes para la oposición que las ha impugnado y afirma haber ganado, por tanto, las uso a beneficio de inventario. No obstante, sería errado

ver la baja del voto oficialista como algo súbito, *overnight*. En realidad, cualquiera sea el resultado, es clara la tendencia erosiva del apoyo electoral real para el chavismo desde el 2007. Es un hecho larvado no en siete meses, sino en siete años, según se observa en la tabla 1, aunque ello no le quita el carácter de insólito.

LA LICUEFACCIÓN DEL APOYO ELECTORAL OFICIALISTA

En efecto, desde 2006, la tendencia oficialista ha sido la de perder terreno electoral y la opositora ha sido la de ganar votos, (ver gráfico 1). El voto oficialista se licúa, se hace agua, situación remarcada en 2013.

Entre 2006 y 2013, el oficialismo perdió 12,06% de su voto, mientras la oposición creció en 11,96%. Ni siquiera Hugo Chávez, con su victoria el 7-O, pudo detener ese crecimiento opositor ni parar significativamente la disminución oficialista. En números absolutos, el crecimiento opositor entre 2006 y 2013 fue de 3 millones 041 mil 347 votos; mientras que el oficialismo, en el mismo lapso, aumentó los suyos en apenas 266 mil 426 sufragios. Un verdadero estancamiento y descalabro electoral.

Entre 2012 y 2013, el decrecimiento del chavismo fue de 4,29% (603 mil 971 votos) mientras el incremento de la oposición fue de 4,64% (771 mil 115 sufragios). De estos últimos, 99,65% proviene de la pérdida neta del chavismo y 0,35% corresponde a ganancias cuya procedencia puede ser el voto opositor u oficialista abstenido el 7-O.

Las cifras 2006-2007 indican la inestabilidad del votante chavista y el inicio de un proceso de desalineamiento del oficialismo y su realineamiento en la oposición. Esto anuncia una fase de transición hacia un cambio político. Curiosamente al chavismo le viene aconteciendo algo similar a lo que le pasó a AD y COPEI en la última década del siglo XX: sus bases electorales se están movilizando hacia la oposición, tal como los votantes adecos y copeyanos se movilizaron hacia el chavismo en 1998.

En efecto, el comportamiento del votante de las tres últimas elecciones presidenciales indica la reaparición de la volatilización electoral, es decir, de la transferencia del voto de un partido a otro, o de un bloque a otro, entre dos elecciones. La movilización del votante es un desplazamiento entre los bloques, no un mero *swing* electoral (el voto transferido de un partido a otro dentro del mismo bloque). Esto indica que las



ERICK S. MAYORA

barreras entre chavistas y opositores no son infranqueables y la solidez del alineamiento chavista está en entredicho. Vale para este momento la misma pregunta que nos hacíamos en 1996 respecto de la merma electoral de AD y COPEI: ¿es un *bajón* momentáneo o una tendencia histórica hacia la pérdida de predominio?

EL PAÍS NO ADMITE MÁS DIVISIÓN

El 14-A Venezuela alcanzó su máximo nivel de división electoral. Más allá de esa cota del 50-50 no es posible dividirse más y, lo que tenemos, es una situación de equilibrio de fuerzas en la que ningún sector puede aspirar a imponerse al otro, mucho menos por la violencia o el autoritarismo. El equilibrio electoral aconseja, más bien, una actitud más tolerante e incluso más humilde e institucional. La aspiración de hacer *polvo cósmico* a los opositores debe desaparecer, so pena de querer aplastar a la mitad del país.

Sin embargo, el balance de fuerzas no parece ser suficiente para el reconocimiento y el respeto de los opositores, ni siquiera para ser atendidos debidamente en su reclamo de revisión de las elecciones del 14-A. El oficialismo sigue comportándose en la forma usual e, incluso, más autoritaria pese al cuestionamiento sobre la legitimidad de origen de Maduro. Quizás haya una relación directa entre pérdida de apoyo y recrudescimiento del autoritarismo. Para el régimen chavista, el equilibrio electoral es apenas un aspecto del balance de poder político dada la superioridad lograda en el resto de las instituciones bajo su control. Las instituciones lucen atrincheradas frente al reclamo de la oposición.

Tabla 1. Elecciones presidenciales 1998-2013.

AÑO	Chavismo	Crecimiento (votos)	%	Oposición	%	Crecimiento (votos)	Abstención %
1998	3.673.685	-	56,20	2.860.463	43,75	-	36,50
2000	3.757.773	84.088	59,70	2.530.795	40,30	-329.668	43,69
2006	7.309.080	3.551.307	62,84	4.321.072	37,16	1.790.277	25,03
2012	8.191.132	882.052	55,07	6.591.304	44,31	2.270.232	19,52
2013	7.587.161	-603.971	50,61	7.362.419	49,12	771.115	20,22

Fuente: CNE. Elaboración propia.



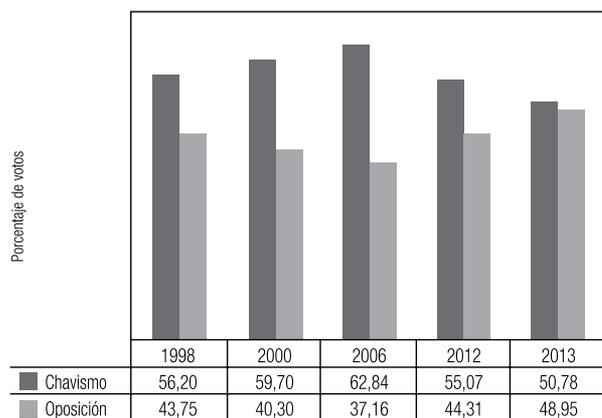
ERICK S. MAYORA

Ello le impone a esta unas barreras adicionales para competir exitosamente en unas elecciones. Además del ventajismo estructural, perfeccionado el 7-O, y por el cual la inequidad campea en la campaña electoral, se suman ahora las irregularidades del proceso electoral, que ante una diferencia pequeña entre los candidatos, pueden ser el factor decisivo en los resultados y, por si faltara algo más, ahora hay que enfrentar la resistencia del Estado a revisar adecuadamente las elecciones. Avanzar y/o ganar en este contexto es algo realmente heroico.

EL CHAVISMO EN UNA ENCRUCIJADA

Lo que parecía una campaña de coser y cantar para Maduro, terminó en una situación inesperada y dramática que ha colocado al chavismo en una encrucijada. O continúa por el camino autoritario arriesgando a seguir perdiendo legitimidad en los sectores populares, o se replantea su mo-

Gráfico 1. Elecciones presidenciales 1998-2013



Fuente: CNE. Elaboración propia

do de hacer política, en clave democrática, dando paso a un modo verdaderamente institucional de funcionar, respetando el Estado constitucional, restableciendo los resortes básicos de la democracia: el respeto del otro y su reconocimiento. Una auditoría institucional de los resultados del 14-A sin ventajas, es un paso en tal sentido.

Sin embargo, los hechos post 14-A no son alentadores. La lectura oficialista sobre el avance opositor es que se trata de la conspiración de unas *fuerzas enemigas* que, presuntamente, quieren acabar con la *revolución* y con la *democracia*. No lo analizan como el reclamo de diálogo, de la búsqueda de acuerdos y de gestión, en un país que clama al cielo por ello. Frente al impresionante logro democrático de la oposición, el oficialismo ofrece una respuesta conocida aunque recrudescida: el autoritarismo. Persecuciones de líderes opositores, detención de importantes figuras políticas, represión directa de las protestas, procesos judiciales *especiales* contra los opositores, despidos de trabajadores por haber votado a favor de Henrique Capriles, amenazas a los medios de comunicación, desconocimiento del derecho a voz y voto de los parlamentarios y agresiones físicas contra ellos entre otras acciones, forman el menú de respuesta del nuevo oficialismo a su desgaste político.

Se pretende contener la licuefacción de la fuerza electoral con medidas coactivas, como quien busca contener el agua desbordada de un dique con tobos. Los resultados del 14-A son la victoria del país que quiere diálogo y conversación. No del país que quiere hegemonía. No entenderlos así puede ser expresión de ceguera analítica o manifestación de la falta de talante democrático. La paz no se consigue en forma unilateral, ni impuesta. Ella es el resultado del entendimiento entre quienes difieren sobre los asuntos más importantes de un país. Y como decía Benjamín Franklin: "O caminamos todos juntos hacia la paz, o nunca la encontraremos".

La dinámica autoritaria generada desde el mismo 1999, ha ido talando el paisaje de la democracia, del pluralismo y la libre expresión; pero la resistencia a esa tala, nos mantiene aferrados a un hilito democrático: el voto, a pesar de todo. Por él estamos en esta coyuntura difícil pero promisoria.

El voto popular reaccionó contra un sistema de poder hegemónico que no ha dejado ningún espacio importante fuera del control del Poder Ejecutivo y del Estado, y los pocos que no controla, los condena a la extinción (ejemplo: las universidades). Y que, además, no ha dejado nada útil al país. Fue por tanto un voto a favor del entendimiento y del respeto. Es hora de replantar la buena hierba de la tolerancia, la comunicación y la aceptación del otro, como primeros pasos para salir hacia adelante.

*Abogado, politólogo.